

HISTORIA PERUANA DE LA CAPITAL DEL MUNDO

Alfredo Bryce Echenique

Con el humor que caracteriza su pluma, Bryce Echenique satiriza aquí el Madrid actual: las pretensiones europeizantes, la movida, la especulación sin base, la delincuencia, el desdén por el sudaca, la corrupción, la violencia callejera, la fuga de la España heroica que vio o imaginó Hemingway, en fin, el descontento de un peluquero que añora a Franco. Páginas leves, mordaces, ingeniosas de un escritor de veras.

*A Manuel Vicent y Raúl del Pozo,
grandes amabilidades que le debo a Madrid.*

Madrid es no suicidarse por nada del mundo; primero, porque en Madrid no se tiene ganas de suicidios; después, porque su río no tiene agua y, por fin, porque sus pistolas son tan viejas que no se encuentran cápsulas para ellas ni en el Rastro.

Madrid es una discusión de dos horas, con anunciada visita al director de la Academia sobre si debe decirse “sablista” o “sabcicista”.

* ALFREDO BRYCE ECHENIQUE. Novelista peruano. Licenciado en Derecho y Doctor en Letras por la Universidad de San Marcos de Lima. Luego estudió en La Sorbona. Ha enseñado en distintas universidades; entre ellas, la Universidad de Nanterre, La Sorbona, Vincennes y la Universidad de Paul Valéry de Montpellier. Entre sus novelas destacan *Un Mundo para Jullius*, *Tantas veces Pedro* y *La vida exagerada de Martín Romaña*. Sus memorias *Permiso para vivir* aparecieron en 1993 por Anagrama.

Madrid es un sitio precioso para que puedan vivir felices las almas en pena.

El ideal del madrileño es conservar mucho tiempo, sin que se caiga, la ceniza del cigarro que se está fumando, consiguiendo así la inmortalidad de lo efímero.

Madrid es oír gritar a una madre: “¡A ver si te pongo el culo como un tomate!”.

(Ramón Gómez de la Serna, *Descubrimiento de Madrid.*)

29 de abril de 1994... Dentro de una semana hará cinco años que vivo en Madrid, quejándome de Madrid, añorando Barcelona y encontrando en diarios y revistas mil y una justificaciones para quejarme mucho más todavía. Y, para ser más sincero aún, hace ya varios meses que, cuando llego a la Sección Madrid en los periódicos que leo, me crispo de tal modo que mi instinto de conservación hace que me salte de un solo golpe y busque desesperadamente, por ejemplo, una Sección Cultura que haga las veces de sedante.

Ya sé que Madrid es la ciudad más sucia de Europa y la segunda más ruidosa del mundo. Ya sé que, durante los nefastos fastos del 92, crónica de una crisis cacareada, sólo Barcelona fue ejemplar en su organización de los Juegos Olímpicos, que la Exposición Universal de Sevilla fue un desastroso y pírrico éxito cuyas cuentas nadie logra cuadrar hasta hoy y ya sé también que, por supuesto, no faltaba más, aquello de Madrid Capital Cultural de Europa nadie sabe muy bien en qué consistió, por la simple y sencilla razón de que nadie puso mayor interés en hacérselo saber al ciudadano ni éste, mucho menos, en enterarse de lo que le decía su alcalde, digamos.

Lo que nunca he sabido, en cambio, es qué me ha pasado a mí *en y con* Madrid, qué diablos me ha hecho a mí Madrid y qué rediablos le he hecho yo a Madrid para que me haga tanta canallada y tan contadas amabilidades del tipo Manuel Vicent o Raúl del Pozo, dos tipazos, dos grandes escritores y periodistas en Madrid y donde se les ponga o traduzca, pero uno nacido en Cuenca y el otro registrado en Castellón, por la simple y sencilla razón de que no hay registro civil ni ante Dios en el corazón del Mediterráneo.

Cuando pensando en este texto, converso con Manuel y Raúl, el 26 de abril de 1994, en *chez* Vicent, envidio profundamente la gran capacidad de asimilación, con ocho horas de sueño natural incluido, que tienen para enfrentarse, en doce rounds y con la ceja derecha herida desde el primer asalto, con todo aquello que a mí a cada rato me hace morder el polvo y

besar el suelo, aunque no por la vía del sueño nocaut sino con la alevosía y gran maldad del insomnio más pertinaz, en la eterna levedad de mi ser, estar y tener que vivir en Madrid.

Les explico e ilustro a mis amigos, con pausados razonamientos, con graves razones y hasta con sangrientos hechos en los que me he visto envuelto por culpa de haber ido al correo de la calle Albuquerque aquella mañana y dos más, casi consecutivas. Manuel y Raúl me miran sonriente y conmiserativamente y, aunque sé que hoy, mañana y siempre podré contar con su ayuda y solidaridad total cuando me vuelvan a raptar en Madrid, por ejemplo, y aunque sólo se enteren de aquel horror si sobrevivo para contárselos, por el momento se limitan a darme de beber el agua fresca de una jarra civilizada, para que me aferre por lo menos a esa esperanza.

Amo mi correspondencia con mis amigos peruanos en el Perú, y perdonen la tristeza de César Vallejo con que doy fe de la veracidad inverosímil de lo que escribo, ¡oh verdad de mentiras!, que dijo Vargas Llosa, y por consiguiente es tan duro, es tan Vallejo y César y *Hay golpes en la vida, tan fuertes...* ¡*Yo no sé!*, a cada rato es tan duro estar cultivando una vez más el género epistolar y que lo asalten a uno en la oficina de correos de la calle Albuquerque, como en el lejano oeste y por tercera vez consecutiva, y que le destruyan sus cartas y regresar a casa sólo para descubrir que nadie da crédito a mis palabras.

Pero, cuando por fin la historia me da la razón porque el diario en que trabaja Manuel le dedica tremendo espacio a la oficina de correos de la calle Albuquerque, relatando como ésta, a lo largo de tres meses, ha sido asaltada once veces por el mismo ladrón que nos obligó a todos los epistolares, giradores postales y empleados a huir por el techo, la primera vez, a permanecer hasta el calambre y la agujeta con los brazos en alto, la segunda, y a contemplar la impotencia de la policía para entrar a rescatarnos, la tercera, porque además de todo el ladrón se había dado el lujo de cerrar la reja y su candado, únicamente para probarle al mundo que por esa oficina postal él se paseaba ya como Pedro por su casa...

En fin, cuando en mi casa resulta que de los once asaltos que consigna el periódico sólo puedo narrar tres, en calidad de víctima epistolar, la verdad de mis mentiras pasa a un segundo plano y yo a tercera división porque bueno, de qué te quejas, hay gente que ha tenido el coraje de aguantar ocho asaltos más que tú.

Como han cerrado la oficina postal de la calle Albuquerque para su remodelación total y captura del delincuente, ahora salgo del portal de mi casa a la derecha, rumbo al correo más seguro de la calle Mejía Lequerica. Pero no llego a cruzar Sagasta, que es lo que hay que hacer para que mi

calle, o sea Francisco de Rojas, se convierta en Mejía Lequerica. La gente dice que, en casos como éste, soy particularmente lento en reflejos y que por eso no me he dado cuenta de que no tengo por qué intervenir en defensa del negro del linchamiento de la esquina Francisco de Rojas-Sagasta. La verdad de mis mentiras es, más bien, que me cuesta creer que pueda existir tanta bestialidad.

El pleito había empezado ya cuando yo llegué con mis cartas a unos amigos peruanos y realmente me estaba costando mucho trabajo salir de Madrid rumbo a Lima y atravesar por Atlanta en día de Ku Klux Klan. Y le daban al negro y el negro huía y el negro resbalaba y el Ku Klux Klan aumentaba el número de sus asociados, a medida que unos señores civilizadísimos detenían sus automóviles marca Cultura del Pelotazo y bajaban con un gran acopio de barras de fierro, cadenas, gatos y demás armas de guerra urbana. Decidí tomar cartas en el asunto, en defensa de los derechos humanos o algo así, pero muy pronto fui reducido a la nada y una por una vi como me rompían mis cartas de amor epistolar al Perú.

Nadie me creyó en mi casa y, cuando por fin la historia me dio la razón, al día siguiente, porque el diario en que trabaja Raúl dio cumplida cuenta del hecho en la Sección Madrid, en mi casa me acusaron de mentir la verdad porque fue el negro el que empezó la bronca y, por consiguiente, fue por su culpa que mis amigos del Perú se quedaron una vez más sin cartas.

Del día en que me raptaron aún no quiero contar porque la historia se está demorando en darme la razón y en mi casa piensan que, hasta que el diario de Raúl o el de Manuel no den cuenta de los motivos por los que tuve que pagar de rescate las cartas a mis amigos del Perú, podría estar calumniando a mis raptores.

De todo esto, lo más triste, claro, es que en el Perú mis amigos están ya totalmente convencidos de que, al menos epistolarmente, soy la persona más ingrata del mundo.

—No, viejo, yo a Bryce ya no le escribo más. Se le deben haber subido los humos en Europa o algo así, porque lo cierto es que no le contesta las cartas ni a su madre.

Pero metámosle cronología y flashback al asunto, en busca de la explicación perdida y la claridad necesaria para hablar del porqué de estas relaciones tan particulares con Madrid. Podría decir, claro, que a un limeño que vivió siempre al borde del mar, una ciudad sin paseo marítimo o su maleconcito, siquiera, le parecerá eternamente un huevo sin sal. Pero he vivido en Peruggia y en París y muy cerquita de Munich, en régimen sin sal, y la verdad es que lo único que extrañé del Perú fue el uso y abuso del

arroz como guarnición dos veces al día. Y, por último, dijo Elías Canetti que un escritor no debe vivir jamás en una ciudad preciosa y saladamente en su punto, porque la carencia de nostalgia atenta gravemente contra la creatividad, la inspiración y la verdad de las mentiras.

Salto pues más atrás y resulta que los latinoamericanos de carabela y madrepatria somos españoles sin España y europeos sin Europa, de la misma manera en que, por ejemplo, un argentino es un uruguayo que ha vivido en París, un uruguayo es un argentino con complejo de inferioridad y jamás será lo mismo un desnudo griego que un peruano calato, o sea en pelotas física y económicamente. Entonces nos leemos Europa entera para llegar a ser adultos a tiempo completo y hasta producimos un guatemalteco que su pueblo linchó con la plena aprobación de la Organización de Estados Americanos, por haber encontrado el movimiento perdido y final de la sinfonía inconclusa de Schubert, que jamás nadie nunca en ninguna parte ha querido encontrar, para no arruinar el inconcluso producto del genio.

Es esa pasadita de la raya de los que sienten la dificultad de ser miembros del club Occidental, de aquellos multimillonarios latinoamericanos que, a fuerza de querer ser parisinos, degeneran en *petit-mâîtres* y que, en apenas siete décadas, pasan de ser el peruano admirable y admirado que describe Stendhal en *Rojo y negro*, a aquel acomplejadísimo snob peruano que Proust nos presenta en *En busca del tiempo perdido*, desesperado en casa de los Verdurin porque piensa que la terrible mirada de la señora Mortemart va dirigida contra él, cuando en realidad va dirigida a la señora de Valcourt.

Gastando una pequeña fortuna, aquel *petit-mâitre* peruano decide vengarse así: "... hacerle mil bromas atroces, tales como enviarle cincuenta cafés glacés a su casa el día que no recibiera, o mandar a los periódicos una nota el día de su recepción anunciando que la fiesta quedaba postergada, y publicar luego comentarios falsos de las siguientes, en los que figurarían los nombres, conocidos por todos, de las personas que por diversas razones nadie recibe ni siquiera se deja presentar".

—En París, los latinoamericanos no se clochardisan —concluyó Martín Romaña, personaje de uno de mis libros, agregando—: Se van de frente a la mierda.

Pero lo más interesante es que ninguno de esos dos peruanos tiene nombre. Son peruanos y nada más y lo que tienen en común es ser exóticos. Tan exótico como es el Perú para el doctor Johnson, cuando recomienda estudiar la humanidad "de la China al Perú", o para Sade, cuando en las relaciones de etnología fantástica en que apoya sus teorías, ve en el Perú lo peorcito de transgresión sexual: "Trescientas mujeres del Inca Atabaliba se

prostituyeron inmediatamente por su propia voluntad a los españoles y los ayudaron a masacrar a sus esposos”. En fin, el eterno “desorden bufón” que Baudelaire les atribuye a los países latinoamericanos.

Es, por consiguiente, dolorosísimo nuestro punto de partida hacia la autenticidad y vivimos cual deudores precarios de la torre Eiffel, entre otras cosas porque el muy desgraciado de San Agustín nos negó el derecho de nacer, con tanta rotundidad como en las Sagradas Escrituras jamás fuimos previstos (“Tendrían que haber ido caminando sobre las aguas”) y por ello descubrimos que resultó una enorme incomodidad y dolorosa duda y entonces se nos metió en la Historia en el Capítulo Renacimiento, Renglón Inventos: “La pólvora, las armas de guerra, las armas de fuego, América Española, Nueva Granada, Nueva España, Nueva Castilla”, territorios en los que, además, los europeos verían convertidos en realidad todo el Freud de la Edad Media y otros flashbacks más de la historia de la humanidad: monstruos, sirenas, hombres de dos cabezas, Amazonas, Eldorado, Continente de la Esperanza, Fuente de la Eterna Juventud, *and last but not least*, Paraíso Terrenal.

Es indudable que arrastrar tanta culpa, tanta duda, tanta incomodidad filosófica, tamaña herencia negra y acusación sagrada, le debe resultar sumamente incómodo a un siciliano que no hizo ni siquiera la América, en Buenos Aires, a un catalán en México o, en mi caso, a un descendiente de escoceses y vascos, que aún se visitan, en Lima. Y entonces fue cuando me preparé en inglés, francés, latín, italiano, alemán y, tras leerme entera a Europa y renegar de mis peruanismos, desembarqué en Europa y me sentí tan culto y tan fino en París, en Mykonos, en Peruggia, cerca de Munich, Londres y demás ciudades en que viví, y comprobé que además era tan fino y tan culto acerca de España en Francia o de Inglaterra en Italia, que siempre tenía algo que enseñarles a los europeos acerca de Europa pero que, en cambio, no conocía el Cuzco, por ejemplo.

Y sólo entonces fue cuando noté que el régimen sin sal empezaba a segregar una cierta dificultad de ser. Cual un Inca Garcilaso de la Vega del siglo XX, había traducido a mi León Hebreo pero en realidad lo que me hacía tilín era bailar un bolero. Y que, por ejemplo, en París alguien me hiciera caso cuando intentaba probar, con conocimiento de causa, por ejemplo que *La foule*, que tan lindo cantaba Edith Piaff, era un valsecito peruano, alta y no culpablemente plagiado por la inmortal cantante casi calva.

Pero, en fin, qué sacaba con ello. Yo era un indio. O sea algo que en mi casa limeña estaba totalmente prohibido ser porque, entre otras cosas, éramos descendientes de una fina estirpe de virreyes de medias tintas y

presidentes que se codeaban sólo con la nobleza de Praga, por ser las otras noblezas europeas tan sólo gente de sangre *blue*, mientras que la de Praga era *blue dipinto di blue*.

Pero en Europa yo era limeño, o sea de Lima, y Lima era la capital del Perú y el Perú el territorio del Imperio del Sol. Por consiguiente, Lima era la ciudad más calurosa del mundo. Y por consiguiente, otra vez, Andrés, ten paciencia, Hortensia, nadie me creía que en Lima el sol, este año, salió un lunes en todo el año, y fue primera plana en todos los diarios y cayó la bolsa.

No había conocido el Cuzco, no era reconocido por el Oxford-Cambridge-La Sorbona-Salamanca bajo el brazo con que vine al mundo y el bolero me gustaba aún más en Estocolmo que en Santiago de Chile. Mi caso era dramático y mi cultura europea y mi sentir americano. Yo era ese bolero que dice: *Contigo en la distancia, amada mía, estoy* y yo era, sobre todo, aquel tango que habla de *la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser*. Hasta que un día de mierda en Montepellier, recordé la noche inspirada de mi vida en París en que le regalé a mi amigo Jean Marie Saint Lu un disquito 45 RPM en que don Antonio Chacón cantaba a Madrid, porque era la corte, a Málaga, porque era la bella, y a Barcelona y Cartagena porque eran dos puertos bonitos.

Málaga estaba ya destruida por el fragor del turismo iribarne; Cartagena ídem, más el submarino tan feo que tiene, según se llega, a la derecha, me parece recordar; a Barcelona iba a cada rato por motivos editoriales y con Madrid, en cambio, no tenía las cosas muy claras, aunque ya Hemingway (los latinoamericanos también nos leemos Estados Unidos entero, antes de conocer el Cuzco, debido a esa cierta dificultad de ser que nos caracteriza) me había enseñado en un cuento que se trataba de “La capital del mundo”, en “El último buen país”.

Pero hoy, 29 de abril de 1994, a punto de cumplir ya los cinco años en Madrid, hay una sola cosa que tengo clara acerca de la Villa y Corte. Me ha quitado la buena y sana costumbre de caminar sin rumbo, de perderme por una ciudad hasta llegar a conocerla a fondo. En Barcelona, casi todas las noches, caminaba tantas horas de ida a ninguna parte y feliz (lo había hecho antes en París y en todas las ciudades de Europa en que había vivido) que, por regla general, tenía que volver en taxi, por lo agotado y perdido y feliz que me hallaba, a mil kilómetros a la redonda de mi casa.

Stendhal inventó Italia y para un latinoamericano al pie de la letra y que realmente cree en la verdad de las mentiras, la tierra del Dante y Berlusconi será siempre exacta al territorio de la pasión que ahí estableció Henry Beyle, *dit Stendhal o il Milanese*, por más señas. Hemingway, en

cambio, hizo de España el territorio de la borrachera y la comida indigesta y, como Madrid era “La capital del mundo”, lo lógico era que ahí se pudiera emborrachar uno peor que en cualquier otra ciudad española o europea.

Bien. Todo esto desde el punto de vista de la vivencia cultural. En cuanto a la vivencia personal, Madrid nació para mí con una anécdota que me predisponía a la sonrisa y un buen encuentro. Aún vivía en el Perú cuando me contaron que tres artistas peruanos que me habían precedido en el más duro y dramático de todos los exilios, o sea el voluntario, el del fáustico dilema de entregarle el alma al diablo, a cambio del acceso a las fuentes europeas de la sabiduría o las norteamericanas de la tecnología y el dólar —y además en esa condición de deudor precario que nos acompleja y caracteriza a los latinoamericanos ante la Madre Patria y la Sabia Europa—, gambeteaban juntos la pobreza en una madrileña casa de pensión y mala muerte.

Uno era un poeta, dos eran pintores, y los tres eran francamente feos, además de peruanos calatos. La miseria los obligaba a dormir el desayuno y el almuerzo, pero ya de noche se animaban un poco y salían a recorrer las calles de Hemingway, las tascas de Hemingway, los bares de Hemingway, “La capital de mundo” de Hemingway, y a cruzarse en su camino con un Paco tras otro, en vista de que, según El viejo y los toros, en Madrid todo el mundo se llamaba Paco y todo el mundo era bueno, muy pobre, muy generoso, muy torero, muy señor, muy católico, muy Baroja, muy tragón y muy amigo de empinar el codo aunque jamás hubiera muy con qué. Todo esto con un orgullo mierda, o sea de Quijote cocteleado con Cid Campeador y Manolete, pero generoso y de oro a la hora de la verdad.

El hambre, muy probablemente, en una ciudad con hambre y bondad, les permitía a los tres peruanos muy feos y muy pobres y Hemingway considerar que Hemingway había hecho la más certera y solidaria descripción de una ciudad en la que también era cojonudo morir de frío en invierno y de calor al día siguiente de acabar ese invierno. En fin, que de esos tres peruanos se podía decir, con humor negro y cojonudo, que su frase más frecuente era: “Hermanito, tengo un hambre que no veo”.

Después regresaban a la pensión, para empezar a dormir el desayuno del día siguiente, y la esposa del portero los encontraba cada noche más feos.

— Calla, mujer —le dijo una noche el portero a su esposa—. Calla que te pueden oír y son incas.

El poeta se apellidaba Delmotte y los pintores Berenson y Aliaga, respectivamente, en la década del cincuenta.

Yo empecé a venir a Madrid, desde París, en la década siguiente. Y tal vez ahí se encuentre la explicación más clara y aguda de lo que ha sido mi relación compleja, del tipo golpe bajo y puñalada traperera, con esta ciudad. Debo confesar que nunca fue culpa mía, pues durante la mitad de esa década y toda la siguiente viví en París y, por consiguiente, no podía llegar a Madrid sino de París. Y debo confesar, también, que la peor canallada que se le puede hacer a Madrid es llegar de París. Se le ve fea, chiquita, pueblón, pobre, toscota y tascota, con mucha grasa en la comida y completamente Hemingway y además todo peatón que uno se cruza por la calle podría llamarse perfectamente Paco. En fin, que eso de que todo esto y nada más fuera Madrid, era, siempre dentro de esa relación adolorida y compleja, una verdadera afrenta para un hijo de la Madre Patria. Y la culpa no podía ser toda de París. Alguna responsabilidad tenía que asumir Madrid de ser así cuando uno llegaba de París.

La gente que no se llamaba Paco, o sea los intelectuales, artistas, poetas y homosexuales que frecuenté por aquellos años, soñaban con rebeliones, emancipaciones y transgresiones que en el Perú se habían llevado a cabo a principios de siglo, copiando con complejo de deudor precario el París de fines del siglo pasado. Era gente encantadora y que sabía reír, a pesar de la dictadura, pero nadie hablaba un segundo idioma y uno normalmente hablaba cuatro o cinco y seis, cuando empezaban a actuar como gente con mucho mundo, porque sin duda lo eran en la capital del mundo. Entonces uno, por cariño y respeto y, sobre todo, por el estado de la Nación en que vivían, tenía que apartar ligeramente la mirada. En fin, que eran muy rebeldes y modernos y liberales, pero a condición de que no se les mirara desde un punto muy cercano.

En Barcelona había Mediterráneo, no sólo mar, y la gente iba a París o, por lo menos, a Perpignan y, al comparar Madrid con la Ciudad Condal uno tenía tendencia a caer en la conclusión aquella de que un argentino es un uruguayo que ha vivido en París y un uruguayo un argentino con complejo de inferioridad. Y todo esto con un telón de fondo y de fonda en el que Barcelona se comía arquitectónicamente viva a Madrid.

En 1984, traté de instalarme en Madrid, para lo cual tomé la precaución de vivir antes cuatro años seguidos en Montpellier y no poner los pies en París. Como en 1985 aún no había logrado instalarme en Madrid ni mucho menos Madrid en mí, a fuerza de atracos en la vía pública nocturna, me instalé en Barcelona y empecé a caminar y a caminar cada noche hasta perderme y ser feliz. Y cuán feliz y perdido no estaría una noche que dime, con todo mi camino, como versó César Vallejo, nuevamente casado y nuevamente en Madrid con ganas de caminar.

No creo que haya habido amor latinoamericano, variante Perú, más grande por España que el del universal mestizo, deudor precario y desgarrado genial que fue el Cholo Vallejo. Entre su mejor poesía, la mejor en castellano desde Quevedo, en mi modesta opinión cada vez más generalizada, está la que le versó a España. Pero estoy seguro de que fue en Madrid donde versó aquello de *Español de pura bestia*, con la mejor intención universal, sin lugar a dudas. Y todo esto, estoy convencidísimo, porque el ¡Coño tío!, ¡Me cago, hostia, macho!, ¡Jodé!, ¡Te voadá una leche' joputa!, psicológicamente me linchan en cada esquina que intento cruzar en busca del correo perdido, pidiendo permisito, por favor, hermanito, de la misma manera en que, como todo peruano, digo amorcito, un traguito, un minutito, corazoncito mío, cholito, vidita y otras mariconadas de deudor precario, que son algo así como mis señas de identidad.

Para mí, todo madrileño, hombre o mujer, es Humphrey Bogart y yo soy la Ingrid Bergman o la Lauren Bacall de todo madrileño (a), por aquello de que Bogart les hablaba golpeadamente a las mujeres y golpeaba a los hombres sin hablarles. O sea que ya no salgo a caminar sino cuando intento ir al correo y me he comprado un remo de salón para perderme remando en casa, hasta llegar a conocer Laponia, por ejemplo, a fondo.

En esto no hago más que seguir el consejo que da Pirandello, en un delicioso cuento titulado, precisamente, "Remedio: la geografía". Consiste en consultar profundamente un atlas, un libro de historia acerca del punto elegido en el atlas, y otro de geografía de ese punto, para concentrarse en él, cuerpo y alma, cada vez que algo nos resulta insoportable. Un caso práctico: Cuando le digo al peluquero que comparto con el notable escritor español Luis Landero:

—Mire, usted, español de pura bestia y España profunda y querido vecino (la peluquería queda a dos puertas de mi portal), pronto muy pronto voy a cumplir cinco años desde que llegué a esta ciudad y peluquería y le ruego por quinto año consecutivo que no me deje tan mal de la cabeza como la vez pasada... Y cuando él me dice:

—Por supuesto, don Alfredo— y empieza a trasquilarme sin remedio ni perdón, mientras intenta hablarme de la corrupción y de que ya es hora de que Franco resucite al tercer día, yo me traslado con respuestas y todo a Laponia.

—Es que yo a estos socialistas, oiga, coño...

—Chorizos de mierda —interviene su padre, que también es una bestia como peluquero, al notar que yo ando ya en camino a Laponia—. Ya es hora de que la derecha...

—Otros chorizos, tío...

—Macho, aquí lo que se necesita es que Franco vuelva, a como dé lugar...

—Joder, don Alfredo, ¿no cree usted que tanto 'jodeputa...?

—Umea, Lulea, Pitea, Skelleftea...

—Coño, don Alfredo, ¿otra vez en gira de conferencias?

—Dice usted bien, buen hombre —abro un ojo desde Laponia y veo que ya me he quedado, porque se la voló de entrada, sin la patilla izquierda y que, incluso, sangro ligeramente en el mismo lugar, en la misma ciudad y entre la misma gente—: Esos son los principales ríos de Laponia, cuyos pobladores no se llaman entre sí lapones sino samis...

La única explicación que me dan los madrileños sobre los “defectos” de Madrid (medalla de oro en basura europea, y plata en ruido mundial, por ejemplo) es que nadie en Madrid es madrileño, fundamentalmente porque la villa y corte es ciudad de aluvión, eterno encontrarse, por crecimiento demográfico, etc., de pueblecitos alrededores (“De ahí que sea un pueblón”, pienso yo), y no capital del mundo Hemingway sino capital burocrática y de oposiciones y de tertulias y de Españas que no han sido ni serán, de España toda.

—En Madrid, a las siete de la tarde, si no das una conferencia, te la dan —me matizan.

Bien. Interesadísimo en ver los pueblos alrededores de los que salieron cosas como “la movida madrileña” o mi peluquero y vecino y la gente que me empuja por la calle y no dice gracias cuando le digo perdoncito, abandono el Madrid de las Torres Kio y la Torre de Picasso y la milla de oro del Paseo de la Castellana, corazón de la España empresarial y competitiva y neoliberal con stress, por la que tanto han luchado los socialistas obreroespañoles y, en compañía de un sociólogo especializado en el Madrid actual, desde el alcalde Tierno Galván hasta la última definición anti-Hemingway del *The New York Times*: “Los vecinos de la capital son enérgicos, gregarios e insomnes”, y luego, en una hora de meseta, a:

1) Manganeses de la Polvorosa, donde, en fiesta popular, una aterro-
rizada cabra es arrojada desde la torre de una iglesia. La verdad, uno siente que entre esta torre y las de KIO la distancia es como “de aquí a Lima”.

2) Villanueva de la Vera, donde, en fiesta popular, un pobre burro es pateado y empujado y montado y empellonado y escupido y... me voy, no puedo más.

3) Tres pueblos más de la meseta, donde, en fiesta popular, se agarra a patadas a los pollos, se les entierra de tal manera que sólo asomen la cabecita, y enseguida se juega a tiro al blanco con hondas y pedradas.

4) Tordesillas del Tratado que Repartió Como Un Queso El Descu-

brimiento de América, en Castilla la Vieja, donde el feminismo ha llegado al poder y son las mujeres las que, en fiesta popular, se vendan los ojos y se la agarran a espadachinazo limpio con cuanto pajarito se cruza en su camino.

5) Robledo de la Chavela, provincia de Madrid, donde, en Domingo de Resurrección, se llenan cántaros grandes con animales chiquitos, se les cuelga del árbol patriarcal, se toca el Himno Nacional de España, y se empieza a apedrear a muerte un cántaro tras otro. Explicación parroquial: “Estoy a favor de esta fiesta porque simboliza la lucha entre el bien y el mal, con el triunfo del bien, como usted habrá visto”.

Amo tanto a España, la verdad, que no podría delatarle nada de esto, nunca jamás, a Brigitte Bardot. Lo que sí, no creo que vuelva a repetir aquella frase tan triste y tan bonita que solía usar hasta hace poco: “España es un Perú que no me duele, porque España es un Perú corregido”. Retiro lo dicho, compatriotitas, por favorcito, denme su perdoncito...”

Regreso a Madrid y reviso la prensa escrita en los días de mi visita a la meseta. *Diario 16* (25 de abril, 1994) da cuenta del Maratón de Madrid, en su Sección Vivir en Madrid: ganó un marroquí y, en segundo lugar y feroz persecución, quedó un repartidor de leche (¿Y leches?) español, de apellido Matamoros.

Comentario: “La rivalidad entre ambos unida al apellido del español invitó a los asistentes y seguidores de la carrera a poner a prueba su ingenio. Frases como ‘Entre moros y cristianos anda el maratón’ y ‘Matamoros no pudo alcanzar su objetivo’ se escucharon repetidamente...”

En el diario *El país*, Manuel Vicent escribió precioso y hace poco: “Madrid ya no tiene fundamento. Esta ciudad se ha quedado sin contenido y yo mismo en el velador del café me acababa de tomar el pulso y creí que también había muerto. La tarde era amarilla. (...) Entonces esta ciudad tenía un contenido. El fundamento de Madrid en tiempos de Franco eran las gambas al ajillo que tomaban los excombatientes, los del sindicato, los honrados padres de familia, los estraperlistas”.

(Nota del autor de estas páginas: La “escena” transcurre en el mítico y horroroso Café Gijón. Es un buen lugar para envejecer y morir hablando y hablando, pero la verdad es que hay que haber vivido el Madrid de Hemingway y de Valle-Inclán y de Cela y de muchos más, para sentir su embrujo. O sea, demasiado Madrid para esta humanidad y este pechito.)

Del mismo diario, pero de otro importante escritor y periodista, Juan José Millás (3 de abril, 1994): “Madrid es una condición mental, un estado de ánimo. La semana pasada vino a verme una periodista de Barcelona y estuvimos discutiendo durante una hora sobre la existencia de Ma-

drid sin llegar a ninguna conclusión objetiva. Yo mantenía, naturalmente, que Madrid no existe, y ella intentaba demostrarme que sí...”

(Nota del autor de estas páginas: Llevo un par de cicatrices en la rodilla izquierda —esquina de Francisco de Rojas, calle en que remo, y Luchana; pateadura del mes de noviembre de 1991, a las cinco en punto de la noche, sí, de la noche, cuatro contra mí, mientras vestido de boda del hijo de mi agente literario, espero un taxi al aeropuerto para tomar el puente aéreo a Barcelona. Un taxista andaluz me salva la vida con una barra de hierro para guerra urbana— que me inclinan, con dificultad y molestias en la rodilla izquierda, a darle la razón a la periodista catalana.)

En el diario *El Mundo* (23 de abril, 1994), Raúl del Pozo, defensor de Madrid en nuestra linda noche *chez* Vicent, suscribe: “Creo que Madrid necesita no una movida, sino un renacimiento, una acción cultural, intelectual, para renacer. Harían mal, los de la cultura alternativa, en quedarse en los años 80 y creer que Tierno, el alcalde volteriano y vacilón, representó el esplendor de la ciudad”.

“Es verdad que entonces Madrid se puso de moda. Llegaban aquí los europeos y creían, después de tantos siglos de dictadura, que esto se había convertido en Magdala, aquella ciudad de la Magdalena mundialmente conocida por su ninfomanía y sus chaperos”.

“Madrid tuvo más marcha, más movida, más tiros, más aventuras en épocas anteriores. Sobre todo en la época de los Austrias: coimas, reyes puteros, Cervantes, Zurbarán, Velázquez, Quevedo, Antonio Pérez, la Eboli”.

(Nota del autor de estas páginas: Llegué a Madrid en 1985, siendo extranjero y proveniente de Francia y, aunque salí disparado rumbo a Barcelona, pocos meses después, la sensación que tuve es que sí, que Madrid estaba de moda, de toda moda y movida, pero sólo en Madrid.)

La calle de Valverde es la excelente novela en que Max Aub coge con pinzas al Madrid de anteguerra civil y nos entrega todo un retablo de costumbres y malas costumbres que, creo yo, bastante dicen del triste centralismo burocrático de “La capital del mundo”, o sea algo que Hemingway nunca vio pero que yo veo a cada rato, a pesar de la distancia y los años. Y lo veo igualito de sórdido y sainetesco, gracias a la manera inolvidable en que el autor de otra gran novela sobre el mismo Madrid — para él entrañable—, *Las buenas intenciones*, me abrió los ojos de ver. Dos citas ejemplares:

1) “Preparar una oposición es jugarse la vida de una vez para siempre. Pero no importa: todos a Madrid, centro, panacea burocrática. Todos los que quieren estudiar ‘una carrera’, todos los que van a escalar ‘oposiciones’ van y vienen a la capital (Barcelona es aparte, no es España. Las

facultades provincianas carecen de prestigio; sólo sirven para aprobar las asignaturas imposibles de franquear en la capital. O para los padres que no quieren separarse de sus hijos, así los maten). Aquí, los jóvenes no empiezan a vivir hasta que han ganado las oposiciones, con lo que la juventud española dura más...”

2) “Aquí carecemos de humor. A veces me pregunto cómo Cervantes pudo ser español. Tenemos la sangre demasiado gorda. Como el Arcipreste. Las bromas pesadas, o no darlas... Aquí lo tomamos todo en serio... Valle-Inclán, sí, pero no es humorismo, sino farsa. Nos falta finura. Aquí, el ser bruto es una gran cosa; aquí, no tenemos sangre fría; aquí enseguida nos echamos *pa'lante*. Por eso carecemos de filósofos y nos sobran pequeños hombres de acción... Aquí, nos reímos a mandíbula batiente... Lo mismo nos sucede con la cocina. Aquí, todo es gordo, empezando por las mujeres; y gustan”.

(Nota del autor de estas páginas: Los hombres hacen las oposiciones a fuerza de bicarbonato y úlceras, sobre todo si son oposiciones de tipo A, o sea las que conducen hasta la notaría, por ejemplo, y desde ahí a una formidable posición económica. Las mujeres hacen las oposiciones solidaria e históricamente, y siempre al borde de un ataque de nervios. Pocas son aún en España las que hacen una oposición a fuerza de bicarbonato, para llegar al sector masculino A o siquiera B. Normalmente van a dar al funcionariado y no vuelven a “dar golpe” en su vida, también normalmente, aunque hay excepciones que son vistas por las demás colegas como algo peor que la traición a la patria o algo así.)

El funcionario (a), por lo demás, vive comechadamente y sólo se agita y despierta cuando piensa que su poder adquisitivo-Corte Inglés puede bajar una décima de décima anual. Entonces se acuerda con bicarbonato de que alguna vez opositó y hasta se acuerda de la fecha y todo. En este sentido, el funcionario en España —y en Madrid están casi todos los funcionarios de España, por eso que dice Aub de que Barcelona es aparte— tiene una conciencia de clase y flojera mucho más solidaria que la del proletariado que, por lo demás, tiene en Madrid y en toda España poca conciencia de clase, al no existir una gran cultura laboral ni empresarial. Nadie es menos solidario —en el sentido real y moral de esta palabra— con una sociedad en crisis que un funcionario.

En Madrid, sobre todo, se especula pero no se hace camino empresarial al andar. El mal llamado “milagro español”, del que este país acaba de despertar convertido en una Europa de tercera velocidad, es prueba científica de lo que hoy nos duele, nos indigna y nos desgarrá. Y las Torres KIO son como un monumento al fracaso y engaño de una ciudad capital y

de un país entero que confundió “la movida” y la “cultura del pelotazo” y el becerro de oro con la sociedad posindustrial sin darse cuenta de que en España aún no había —salvo en Barcelona y en las provincias vascongadas— cultura mayor ni menor tampoco de una época industrial con empresarios y clase obrera de ésa que va al paraíso.

Con las mujeres ha pasado “igual nomás que diferente”, como dicen los mexicanos. Del terror al mito de la sueca (producto de la llegada, a partir de los años 60, de millones de turistas a la sociedad más arcaica, tradicionalista y pacata de Europa), que incluía también a la francesa, la alemana, la inglesa y demás bárbaras y Claudia Schiffers del Norte, pasaron a la más absoluta libertad del tipo seducida y abandonada en Sicilia, confundiendo el *glamour* —y de paso obligándose a verdaderas palizas de reciclaje histórico-social en gimnasios ultravioletas donde, como decía Robert Mitchum del *Actor's Studio*, se les enseñaba hasta a ser más altas— con la liberación sexual, la ostentación con el encanto y la elegancia y refinamiento con el sexo mismo.

En fin, algo nunca visto por mis ojos en ningún otro país de Europa o América y cuyo resultado es aún palpable en el Madrid de hoy (aquí sí estoy totalmente de acuerdo con Max Aub, cuando afirma que “Barcelona es aparte”): a nada le teme más una feminista que a otra mujer y a nadie le tiene más pánico una mujer feminista que a otra mujer realmente femenina y *profumo di donna* y, si además es extranjera, pues se jodió la Francia, como dicen en mi tierra.

La segunda mitad de la década del 80 que cae por fin al abismo en octubre de 1992, cuando por fin Colón logró llegar a América hace cinco siglos, representa el auge y movida del milagro español en Madrid. Y surge la maravilla posindustrial del stress, la depresión, las curas de adelgazamiento, la liposucción, las transaminasas, el colesterol, el mogollón, la discoteca más ruidosa del mundo en cada esquina y al lado de mi casa y del zapatero remendón y España profunda, el empellón, el estacionamiento en doble y triple fila, la alarma anti-robo, la Isabel Presley, la filipina no Presley, el adosado, el bocinazo con xenofobia, la hamburguesa mal hecha, la pizza pésimamente mal hecha con servicio a domicilio, el orgullo de ser más caro Madrid que París y de encontrarlo todo barato en Nueva York, y los restaurantes en los que se le asegura al cliente, vía letrado en la puerta, que “Aquí Hemingway no comió jamás”.

Ya nadie se llama Paco en Madrid, Capital Cultural de Europa. La movida compite en nocturnidad con terraza incluida y todo ello le da un aire de posmodernidad a una ciudad que nunca conoció la modernidad y que se toma la especulación por empresariado y la competitividad por

estacionamiento en doble fila, mientras a uno lo atracan cada vez más y, cuando con suerte logra llegar al correo, nadie detrás de la ventanilla sabe muy bien qué es una carta certificada y con acuse de recibo y al de las estampillas se le ha quedado atracado un dedo en el aparato que le compraron para no tener que mojar con la lengua las estampillas que, cuando no ha salido a tomarse un café con copa, a veces nos vende con europeo malhumor.

Sigue habiendo horarios de siesta en un Madrid en que la gente suele vivir tan lejos y con tan malos transportes públicos de su centro de trabajo que apenas si almuerza un bocata con copa mientras estaciona una vez más en doble fila y bocinazo. Pero los hay también que, muy europeos, estrenan el horario corrido en verano, con lo cual el personal sale del trabajo a las tres de la tarde, duerme hasta las diez de la noche, y sale a emborrachar su corazón y arrojar papeles en cualquier sitio menos en las papeleras que, por lo demás, son masivamente destrozadas por las juveniles fiebres del sábado en la noche con coma etílico y sentido tribal. Y los hay, también, muy norteamericanos, que estrenan horario de acuerdo con el horario de la casa matriz en Oregón.

En fin, de todo, como en botica, menos competitividad y mejora de los pésimos servicios públicos con un malhumor que debe tener al pobre e idealista Hemingway retorciéndose en la tumba del *Spain is different and Spain is the last good country*. Y de todo esto estaba yo ya del todo convencido con depresión, insomnio y stress acolesterolado, cuando precisamente por andar pensando que todo pasado fue mejor, atropellé urgentemente y camino a la restaurada, modernizada, asegurada contra el mismo caco once veces en tres meses y nuevamente abierta al público Oficina de Correos de la calle Albuquerque, a un ancianito elegante y ciegucecito el pobre. Con horror, vi cómo ese pobre señor con anteojos negros y bastón daba con toda su humanidad en el suelo de la esquina Cardenal Cisneros-Albuquerque.

Enterito el barrio se puso en pie de guerra urbana y nunca me he sentido más negro en mi vida. Traté de entregar mis cartas al Perú, a cambio de mi libertad y el compromiso de someter al señor, si me dejan recogerlo, a una completa revisión técnica. Pero la verdad es que ahí nadie lograba oír a nadie, con gran abundancia de 'joputa, leche, tío, jodé, sudaca, coño', e incluso había una señora que estaba tan decidida a matarme que, al no encontrarse momentáneamente armada, optó por quitarle a la fuerza su bastón al ciegucecito y bien vestido caballero. Pero éste, revelando una inusitada capacidad de aferramiento, siguió coleando y hasta con sus anteojos de sol en día de eclipse total.

—Dejen a este caballero en paz—soltó, revelando una fortaleza de carácter muy similar a su fortaleza de aferramiento.

—Pero jodé, señor, si casi lo ha matao a usted, leche, ‘joputa, gilipolla’, sudaca.

—Eso jamás, oiga usted.

—¿Cómo dice?

—Digo y maldigo que el ciego soy yo y que, por ello y por desgracia, es a mí a quien me corresponde atropellar a la gente.

—¿Usted, atropellar a la gente? Pero, ¿qué dice, coño?

—Normalmente atropello a unas doscientas personas a la semana, y eso que no salgo en horas de afluencia.

—¡Imposible!

—¡Imposible tu madre, tío!

—Pero, señor, si usted es ciego y no punki.

—Lo que soy es un caballero, oiga usted, y cuando empeño mi palabra, ésta va al cielo. ¿Me entendió?

—...

—¿Sí o mierda?

—Sí, caballero.

—Entonces veamos: ¿Cuál fue el caballero que atropellé normalmente?

—Fui yo, señor, y no sabe cuánto lo siento.

—Pierda cuidado que yo lo acompañaré hasta que esta gente se vaya calmando.

Y así pude llegar al correo, dejar mi género epistolar debidamente franqueado y bañarme en lágrimas por la gente tan excepcional que hay aún en Madrid. La pena, claro, es que soy tímido y no me atreví a preguntarle a ese caballero de “La capital del mundo” si se llamaba Paco y había frecuentado a Hemingway.

Jamás verá aquel ciego caballero, al que de ahora en adelante llamaré Paco, el absurdo y triste monumento al fracaso y a la corrupción que son las Torres KIO...

—Pero déjeme que se las explique, don Paco.

—Su acento es de eso que ahora llaman sudaca, ¿no?

—Del Perú, don Paco.

—Bueno, pero hableme de las Torres estas que, según usted, tengo ahí adelante. Por más triste que sea su historia nunca lo será tanto, al menos para mí, como la ingratitud de la España con esas ex-colonias que nos alimentaron una posguerra y nos recibieron tan bien... Fíjese que yo tuve un hermano que huyó a Francia y murió como Antonio Machado, más o

menos. En cambio el que huyó a México me contaba siempre en sus cartas que los mexicanos, querido hermano, no exageran un ápice cuando cantan *como México no hay dos...* Pero bueno, decía usted que son unas torres inclinadas...

—Tienen como treinta pisos de oficinas y son bastante peligrosamente más inclinadas que la de Pisa. Y se llaman, en realidad, La Puerta de Europa, aunque la gente jamás ha aceptado llamarlas así y de entrada las llamó Torres KIO o de KIO, por lo de *Kuwait Investment Office*. ¿Que por qué se construyeron? Pues mire, don Paco, Madrid como que andaba necesitando una prueba capital de su profunda ligazón a Europa y de que era Europa tiempo completo, como toda España y parte de Bolivia...

—¡Cómo!

—Es una expresión peruana, don Paco.

—Ya, ya le entendí, ¿ya ve usted?

—Y como Roma tenía su coliseo y Londres su Big Ben y París su torre Eiffel, Madrid quiso tener un símbolo de gran capital y de marca registrada europea, en nombre de toda España, en fin algo que hasta un...

—Un ciego, sí, le entiendo...

—Pudiese reconocer como La Puerta por donde España y el mundo entero entran por el sur a Europa con ley de extranjería, eso sí...

—Ya voy viendo, sí.

—Y por eso se les ubicó en la entrada norte de Madrid y se les inclinó así y se planificó todo de tal manera que tan atrevidas torres pudiesen ser vistas desde innumerables ángulos y decenas de kilómetros de la árida y muy pobre meseta castellana.

—Lo que se llama un símbolo, vamos...

—Eso, don Paco. El símbolo de la nueva España de algún día que de pronto llegó por fin con milagro económico y capitales provenientes de todo el mundo y Unión Europea de primera velocidad A, o sea la supersónica, el símbolo del país del mundo en el que más fácil era enriquecerse sin dar golpe sano y serio...

—Ya lo dijo don Alfonso Guerra, sí, que a este país le iban a dar tal volteretazo que no lo iba a reconocer ni la madre que lo parió.

—Exacto, don Paco. O sea una mezcla de Antonio Machado con Hemingway pero sin Franco, Tejero ni Seiscientos ni...

—Y dígame usted, ¿están acabadas? Porque la Giralda, al menos, hace mucho tiempo que está acabada.

—No, mire usted. No está acabada porque ya en 1992 el grupo KIO abandonó España, alegando malos manejos empresariales por parte de sus gestores españoles. El asunto como que se ha quedado a medio camino, a juzgar por el revestimiento de vidrio y metal. Y además no hay una sola oficina ocupada...

—Coño, una vez más nos propasamos, pero con la diferencia de que ya no preferimos, como antaño, la honra a los barcos sino todo lo contrario, oiga usted. Y, a juzgar por lo que usted ve y yo entiendo, nos hemos pasado de vivos y vamos a terminar sin barcos ni honra. Ya se lo había comentado yo a un vecino: Un gobierno socialista obrero de derechas me parece tremenda osadía, tremenda pasada, sin hablar ya de contrasentido.

—Y así es. Las Torres KIO son el símbolo y resumen de lo que ha sido el milagro español: desmesura en el proyecto, desesperada y apresurada necesidad de sentirse ciento por ciento vinculados a Europa, frágil y absoluta dependencia de las inversiones extranjeras, y un constante y fuerte tufo de podredumbre en el reino de Dinamarca en el manejo nacional de esas inversiones.

—Yo siempre he dicho que, más que la capital, Madrid es el pulmón de España. Lo que anda mal en Madrid anda mal en el resto del país. Y déjeme usted que le dé un solo ejemplo: Con toda seguridad debe haber un letrero colgado a la entrada de las torres. Un letrero que dice: TRABAJOS MOMENTÁNEAMENTE SUSPENDIDOS.

—Tiene usted toda la razón del mundo, don Paco. Ese mismo letrero vale hoy para todo el país.

—La Giralda otra vez, oiga usted.

—No lo entiendo, don Paco.

—Hombre, que cuando un importante señor extranjero le preguntó a un importante señor español por qué coño se metían a construir una torre tan disparatada, éste le respondió: “Para que el mundo crea que nos hemos vuelto locos”.¹ □

¹ Para todo lo referente a las Torres de KIO, me he valido del excelente artículo de John Hooper, corresponsal en Madrid de *The Guardian*, *The Observer* y *The Economist*, “Spain in search of itself”, *Wilson Quarterly*, otoño de 1993.